

Entre *Babel* y *Babel*. Proyectos editoriales y culturales de Enrique Espinoza en Argentina y Chile (1928-1939)

BETWEEN *BABEL* AND *BABEL*. EDITORIAL AND CULTURAL PROJECTS BY ENRIQUE ESPINOZA IN ARGENTINA AND CHILE (1928-1939)

Sebastián Hernández Toledo

Doctorando en Historia, El Colegio de México
srhernandez@colmex.mx

RESUMEN: Este artículo analiza las revistas culturales de Enrique Espinoza durante el período de transición de *Babel* a *Babel* entre 1928 y 1939. A partir del análisis de cartas, del libro *Trinchera* y de las revistas *La Vida Literaria*, *Trapalanda*, *Un Colectivo Porteño*, *Onda Corta* y *SECH* se examinan las redes intelectuales desarrolladas en Chile y Argentina por el director de estas revistas, así como sus objetivos políticos y culturales. La hipótesis sostiene que durante este período hubo una redefinición de su papel de gestor centrado en dos actividades centrales: primero, en la difusión y publicación de literatura desconocida para el ambiente latinoamericano como escritores judíos, alemanes, rusos y árabes; y segundo, en la creación de revistas culturales para el desarrollo de debates político-literarios sobre el americanismo, el antifascismo y el antinacionalismo.

PALABRAS CLAVE: Enrique Espinoza, revistas culturales, americanismo, antinacionalismo, antifascismo.

ABSTRACT: This article analyzes the cultural magazines edited by Enrique Espinoza during the transition period from *Babel* to *Babel* between 1928 and 1939. By analyzing letters, the book *Trinchera* and the magazines *La Vida Literaria*, *Trapalanda*, *Un Colectivo Porteño*, *Onda Corta* and *SECH*, the intellectual networks developed in Chile and Argentina by the editor are examined, as well as his political and cultural objectives. The hypothesis holds that during this period there was a redefinition of his role as manager focused on two central activities: first, in the dissemination and publication of literature unknown to the Latin American environment such as Jewish, German, Russian and Arab writers; and second, in the creation of cultural magazines for the development of political-literary debates on Americanism, Antifascism and Antinationalism.

KEYWORDS: Enrique Espinoza, cultural magazines, Americanism, Antinationalism, Antifascism.

INTRODUCCIÓN

Samuel Glusberg, conocido por su seudónimo Enrique Espinoza, fue un importante difusor cultural en Argentina y en Chile durante la primera mitad del siglo xx. A través de sus distintos emprendimientos editoriales logró conformar una vasta red intelectual a lo largo de todo el continente. Su mayor reconocimiento lo obtuvo gracias a la publicación de la revista *Babel* con dos períodos de vida, el primero en Argentina, entre 1921 y 1929, y el segundo en Chile, con una extensa duración entre 1939 y 1951. Sin embargo, existe una etapa de diez años en que este intelectual ruso-argentino desarrolló gran parte de su trabajo como difusor de literatura rusa, alemana, estadounidense y de escritores jóvenes que publicaban sus primeros trabajos en el contexto literario latinoamericano. Las revistas culturales *La Vida Literaria* (1928-1932), *Trapalanda*, *Un Colectivo Porteño* (1932-1935), *Onda Corta* (1936-1937) y *SECH*, *Revista de la Sociedad de Escritores de Chile* (1936-1939) se transformaron en un lugar de expresión para la cultura, las letras y la política. Con la capacidad de adaptación a los cambios sociopolíticos producidos en el período de entreguerras, Espinoza y sus proyectos culturales se transformaron en un centro de contacto y motor de una red orgánica de actividad intelectual.

La mayoría de las investigaciones que se refieren al trabajo editorial y de difusión de Samuel Glusberg se aproximan a la publicación de *Babel* en Argentina o en Chile (Tarcus, *Cartas, Mariátegui*; Massardo; Ferreti y Fuentes, *Babel*; Gutiérrez; Viu; Hernández, “Enrique Espinoza”). De ese modo, se excluye una década (1929-1939) en la cual Espinoza fundó nuevas revistas que generaron un espacio transnacional nutrido de escritores y de artistas que debatieron sobre el antifascismo, el latinoamericanismo o el papel de la juventud, entre otros temas. La importancia de este período radica en sus nuevos colaboradores, en la circulación de sus revistas, en las traducciones, en el cambio en los formatos de los impresos y en su red de contactos. Si *Babel* Argentina se presenta como el nacimiento intelectual de Enrique Espinoza y *Babel* Chile como su consolidación, la conformación de un nombre que traspasó las fronteras nacionales se formó gracias a los emprendimientos editoriales realizados durante la década que va de 1929 a 1939.

La presente investigación sigue los parámetros historiográficos de la conformación y prácticas de redes político-intelectuales a través de las revistas culturales y de la edición. Se utilizará la noción de redes intelectuales de Alexandra Pita, quien las explica como un “sistema de conexiones entre individuos o entidades sociales interdependientes por diversas vías o medios” que promueven la difusión de trabajos, publicación de revistas, organización de equipos, entre otras instancias que permitan defender intereses grupales o individuales (25). Esta propuesta reconoce variadas formas de relación, como los espacios de sociabilidad donde predominan los encuentros cara a cara, la correspondencia, las publicaciones, comentarios, reseñas de libros, congresos, entre otras instancias. Lo importante es distinguir los momentos activos y de menor vitalidad en el traspaso de ideas y posiciones del circuito a través de correspondencias, memorias y diarios que permiten reconstruir itinerarios de un gestor particular (Devés 9). Otra característica de las redes intelectuales que se ocupará en esta investigación es su noción transnacional y sus elementos como la importancia de las revistas, la intervención a distancia y los discursos políticos en clave internacionalista. Lo anterior se complementa con la propuesta de Regina Crespo, que señala que las redes transfronterizas se instalan en momentos de inestabilidad política para ejercer como “instrumentos de intervención” en los países de origen de los intelectuales que inician diversas políticas culturales (14).

La revista cultural se transforma en el objeto principal para examinar y reconstruir debates, contactos e ideas de grupos específicos. Adriana Petra señala que las revistas culturales actuaron como “el instrumento mejor adaptado para la intervención dentro del dominio de la cultura y la ideología, [la revista cultural] es particularmente apta para instalarse en la contemporaneidad, promover debates, proponer temas, ensayar innovaciones” (6). Según Aimer Granados, es en la revista el primer lugar donde se genera el espacio de debate y circulación de ideas que conforman las redes extranjeras (8).

Por último, los emprendimientos editoriales de intelectuales inician intentando llenar vacíos que las políticas culturales estatales no satisfacen, difunden escritores desconocidos para el mercado lector local, dan cuenta de creaciones literarias de nuevas generaciones o simplemente establecen como objetivo ilustrar a la mayoría de público posible a través de ciertos autores importantes bajo los parámetros del equipo editor, como lo ejerció Espinoza con autores como Reyes, Dujovne, Garciadiego, Tejeda, Hernández y Willson, entre otros. Según Gustavo Sorá, hubo “misiones éticas” entre las revistas culturales para establecer un repertorio común de textos e ideas que asentaron patrones de acción intelectual y empresarial (11). Como afirman Ferreti y Fuentes, la apuesta de estas empresas muchas veces fue la publicación de literatura de idiomas más lejanos al contexto intelectual latinoamericano; es decir, alemán, ruso o portugués, donde la labor de editor independiente otorgaba la libertad de difundir nuevos temas y escritores, inéditos para el público (“Proyecto culturales” 198). Ahora bien, este tipo de empresas se debía debatir entre la difusión de nuevos escritores y la insuficiencia de un mercado lector que, muchas veces, no permitía el equilibrio económico de una empresa cultural. De ahí la importancia de personajes como Samuel Glusberg, quien a través de sus apuestas literarias intentó renovar el panorama cultural del Cono Sur sin pretensiones económicas ni de fama.

El objetivo de este artículo es analizar los proyectos culturales de Enrique Espinoza durante el período de “transición” de *Babel* a *Babel*; es decir, entre 1928 y 1939. La hipótesis sostiene que el cierre de la primera *Babel*, el desarrollo progresivo del nacionalismo con tono xenófobos en Argentina, el golpe de Estado de José Félix Uriburu y el posterior liderazgo político del Frente Popular en Chile generaron una redefinición del proyecto cultural de Espinoza centrado en la difusión

literaria de corte revolucionario, el posicionamiento político a favor del latinoamericanismo y una mayor radicalización en relación con los temas tratados en sus revistas. El marco temporal de la investigación inicia con la publicación de *La Vida Literaria* en 1928 y termina con el último número de la *SECH* en 1939, momento en que comienza el nuevo período de *Babel* Chile.

El artículo se organiza en cuatro apartados. Primero, se analiza la revista *La Vida Literaria* entre 1928 y 1932, sus características y el posicionamiento político del director. Segundo, se estudia la redefinición cultural de Enrique Espinoza a través de la publicación del libro *Trinchera* (1932). Tercero, se hace referencia a la revista *Trapalanda. Un Colectivo Porteño* entre 1932 y 1935. Y, cuarto, se examinan los primeros pasos por Chile del editor argentino mediante su participación en las revistas *Onda Corta* y *SECH* entre 1936 y 1939.

LA VIDA LITERARIA (1928-1932)

A fines de la década de 1920, la sociedad argentina vivía una etapa de desconcierto. Apareció con fuerza el antisemitismo y el reclamo por la vuelta del corporativismo, del catolicismo integral y del establecimiento de una sociedad jerárquica con rasgos colonialistas. A su vez, la falta de acuerdos políticos durante los gobiernos radicales incrementó el descontento social y la oposición a una salida democrática (Rock 123). Todo esto fue acompañado por una crisis económica caracterizada por el cese de flujo de capitales y la disminución de las importaciones, de los gastos del Estado y de los precios de los productos agrícolas que se exportaban (Romero 72). Al parecer, la suerte estaba echada. El 6 de septiembre de 1930 se produjo el golpe de Estado en Argentina bajo el mando del general José Félix Uriburu. Apoyado por la derecha conservadora se inició la represión en el movimiento social, la intervención de las organizaciones sindicales y las deportaciones de dirigentes comunistas y anarquistas.

Mientras se concatenaban todos estos acontecimientos, los intelectuales argentinos parecían más preocupados por la posguerra, la Revolución rusa, la difusión del positivismo y la Revolución mexicana, que por los problemas locales. Ante esta situación, Enrique Espinoza decidió

fundar una revista que siguiera con las líneas fundamentales del proyecto *Babel*, pero con un nuevo aspecto y con temáticas más relevantes para el medio nacional. En la primera quincena de julio de 1928, nació *La Vida Literaria. Crítica, Información, Bibliografía*. Con cuarenta y dos números publicados entre 1928 y 1932, esta revista intentó convertirse en un impreso literario de diversas características. Primero, jugó el papel de un periódico utilizando el formato mercurial e informando sobre las últimas noticias de la literatura nacional e internacional. Segundo, la publicación fue un espacio libre, es decir, escritores de diferentes posturas políticas, como, por ejemplo, Luis Franco o Leopoldo Lugones, publicaron ahí. Y, tercero, a pesar del espíritu continental que emanaba en el ambiente intelectual argentino, la nueva revista hizo énfasis en lo nacional y, sobre todo, en lo porteño. Estos propósitos se sintetizaron en el primer número: “Se trata de hacer aquí, en nuestra Buenos Aires, un periódico de especialización literaria, completamente libre. [...] Pero con espíritu americano, argentino, y sobre todo porteño” (“Dos palabras” 1).

Enrique Espinoza hizo una revista novedosa. Con la ayuda de Luis Franco publicaron artículos y ensayos sobre literatura, narrativa, ciencias sociales, cine y filosofía. También anunciaron sobre contactos, premios y publicaciones en otros países, siguiendo la trama de información transnacional que se hacían en otros impresos como *Claridad* o *Martín Fierro*. En palabras del escritor chileno José Santos González Vera, el tabloide nació como “una revista más ágil, que aparezca a menudo y tenga formato mercurio. Los demás ignoran con qué imprime y cómo pega en los muros grandes cartelones con cien retratos de colaboradores, en que anuncia la nueva revista” (49). Esto se señalaba porque, a pesar del énfasis porteño, aparecieron entre sus páginas autores de distintas nacionalidades firmando artículos sobre la obra de Mariátegui, la actualidad del latinoamericanismo y la vanguardia literaria europea. Entre estos escritores destacaron Baldomero Sanín Cano, Alfonso Reyes, Luis Alberto Sánchez, Pedro Henríquez Ureña y Martín Luis Guzmán, entre otros. Como afirma Melina di Miro, la mayoría de los intelectuales colaboraron con trabajos sobre la independencia cultural americana, la unión continental, el progresismo, la ruptura con el imaginario arielista y los ensayos del estadounidense Waldo Frank y del peruano José Carlos Mariátegui (54).

Las temáticas publicadas por *La Vida Literaria* fueron tratadas con cuidado por su director. La preocupación por mantener un equilibrio en la cantidad de artículos que hablaran sobre diversos temas era evidente. En un mismo número se encontraban ensayos que profesaban sobre conceptos como “nacionalismo”, “americanismo” o “vanguardia” con autores contrapuestos políticamente. La idea fue que la revista no se percibiera cercana a alguna ideología o grupo intelectual particular. Espinoza fue enfático en esto, la revista no se asociaba a un “ismo” y sus objetivos eran claros: por una parte, su propósito literario era difundir las corrientes minoritarias de escritores que no tenían medios de difusión para dar a conocer sus obras y, por otra, su fin político era propagar un americanismo de tono anticolonial, cuyo líder era Waldo Frank. En palabras del director:

Porque L. V. L. [*La Vida Literaria*] está muy lejos de construir un clan o una secta ajustada a un dogma originario o panacea funcional. Periódico independiente, L. V. L. ha roto desde su primer número con todas las limitaciones establecidas, viejas o nuevas, retóricas o raciales... El “vanguardismo”, el “izquierdismo”, el “pasadismo”, el “purismo”, así como tantos otros ismos más o menos difundidos, no han hallado eco en L. V. L. y sus rótulos siempre fueron publicados aquí entre comillas como términos extranjeros. Pero tampoco ha hecho L. V. L. “nacionalismo” con artículos de prendería ni “americanismo” con palabras indígenas. No, nada de ismos. Sí una honda preocupación nacional y un generoso anhelo de dar un contenido amplio al concepto de América ha inspirado las dos campañas de L. V. L. Me refiero a la campaña anticolonial, que no ha dejado de provocar su rebote simpático en la misma España; y a la otra, de entendimiento con las minorías creadoras de todos los países americanos, cuyo leader máximo es Waldo Frank (Espinoza, “Trivio directivo” 1).

Esta aclaración política y programática fue hecha en agosto de 1930 en el número 23, un mes antes de la dictadura de Uriburu. En esta misma fecha, Espinoza dio un golpe de timón a su revista e integró como directores a Ezequiel Martínez Estrada, ensayista y crítico de la obra de Sarmiento, y al periodista y editor Arturo Cancela. A partir de su tercer año de vida, el impreso adquirió un tono más directo con el cual apoyaban al nuevo gobierno y, a la vez, se cuadraban ante el pacifismo militante.

Durante la dictadura de 1930 se produjo una división política de los intelectuales. Escritores, artistas, poetas y ensayistas demostraron su apoyo o rechazo al gobierno a partir de sus proyectos culturales. Espinoza, Martínez Estrada y Cancela no dudaron en hacerse parte de este debate y en la columna de la dirección apoyaron, aunque de manera tenue, el pronunciamiento militar, considerándolo como “un gobierno provisional”. Esto quedó plasmado en la página inicial de *La Vida Literaria*, donde señalaron:

Parte de este número está dedicado a la discusión de “La grande Argentina”, de Leopoldo Lugones. Dada la significación de esta obra y la oportunidad de su aparición, en las postrimerías de un estado de cosas contra el cual reaccionaba enérgicamente, la polémica en torno del libro era de gran interés. Pero los acontecimientos del 6 de septiembre han cambiado de hecho el panorama de la vida nacional y dicha polémica ha perdido parte de su oportunidad [...]. Los tres artículos de crítica que publicamos sobre “La grande Argentina” han sido escritos antes del advenimiento del *gobierno provisional* que ha *liquidado* aquel período *decadente* de la política; sin embargo subsisten en su integridad los puntos de vista de nuestros colaboradores (Espinoza, Estrada y Cancela “Dos palabras” 1, cursivas mías).

La posición dubitativa de los directores de *La Vida Literaria* con la dictadura de Uriburu también respondió a su cercanía con Leopoldo Lugones, padre intelectual de los jóvenes escritores y uno de los mayores propagandistas del general (Tarcus, *Cartas* 22). Ahora bien, como señala Osvaldo Graciano, a pesar de que hubo un grupo de intelectuales y estudiantes que apoyaron la intromisión del ejército para derrocar al gobierno, la intervención de las universidades y la censura de revistas generó, al poco andar, una oposición mayoritaria al levantamiento militar argentino (153). A partir de ese momento la revista de Espinoza adoptó como bandera de lucha tres problemáticas centrales: el antinacionalismo, el pacifismo militante y el americanismo.

El antinacionalismo tuvo impacto en la derecha conservadora y en las izquierdas radicales de Argentina. Ante esto, Espinoza otorgó un espacio en su revista para que las dos miradas antagónicas expusieran sus argumentos y sus diferencias. En primer lugar, para la derecha argentina el nacionalismo representaba el eje de la democracia y del liberalismo

europeo, pero excluía la tradición hispánica y católica. En cambio, el patriotismo no solo dotaba de “valores tradicionales” a los ciudadanos, sino que difundía el orden y la jerarquía a través de un Estado autoritario. Su mayor exponente en *La Vida Literaria* fue Leopoldo Lugones, quien, desde la década de 1920 hasta la dictadura, fue mutando su posición hacia el fascismo. Según el escritor argentino, “el nacionalismo es anárquico. Queriendo exagerar el patriotismo, lo disminuye en secta despótica. Es el reverso del antipatriotismo, o sea una cara de la misma medalla” (Lugones 1). Esta idea reaccionaria se debe interpretar como una crítica a los ensayistas nacionalistas que surgieron a partir del centenario, quienes reprochaban a la vieja aristocracia y demandaban una intervención estatal que incluyera a la clase obrera, al Ejército, a los indígenas y a otros sectores olvidados en nombre de la nación (Funes 18).

Por su parte, para las izquierdas la respuesta fue simple: el nacionalismo era un método de explotación y de división de la clase obrera. El escritor y crítico social estadounidense Henry Louis Mencken publicó un artículo llamado “El nacionalismo”. El argumento central proponía que la idea nacional se sostenía en bases imaginarias como un mecanismo represor y divisorio de los trabajadores. Finalmente, concluía que “superficialmente, la idea del nacionalismo parece triunfar en el mundo, tal como parece triunfar el puritanismo en los Estados Unidos. Pero ambos triunfos no son más que mera ilusión” (1). En lugar de profundizar sobre uno u otro argumento, es importante destacar que Espinoza no se posicionó en este debate, pero hizo de *La Vida Literaria* un espacio de diálogo, abriendo la discusión sobre temáticas de interés nacional y vigentes en el contexto político porteño.

Para el período de entreguerras, el pacifismo fue una preocupación central en las corrientes intelectuales del mundo, postura a la que Enrique Espinoza fue un adepto incondicional. Incluso, postuló que cualquier oposición a la guerra, al militarismo y a todo tipo de violencia representado a través de algún ente, grupo o Estado debía ir más allá que solo mostrar su desagravio, había que “militar”. El director de *La Vida Literaria* difundió a través de su revista la idea de “pacifismo militante”, la cual hacía referencia a un activismo constante que incluyera acciones concretas para manifestar la reprobación hacia la violencia. Según sus palabras lo define de la siguiente manera:

Consiste en negarse a prestar servicio de guerra, sea de la especie que fuere y en cualesquiera circunstancias. Cuantos quieran hacer algo positivo que tienda al pacifismo universal, deben asumir esa actitud aun a riesgo de gran sacrificio personal y de los mayores sufrimientos. Y es en tiempo de paz cuando los pacifistas que de veras lo son deben tomar esa posición aun en los países donde el servicio militar es obligatorio. En los países donde no lo sea, los pacifistas deben manifestar abiertamente que nunca tomarán armas ni prestarán servicio militar ninguno. Aconsejo que en todo el mundo se reclute, por así decirlo, apoyadores de esta idea [...]. Abrigo fe en que quienesquiera que adopten este programa conseguirán a la postre establecerlo como regla internacional, ya sea por medios legales o por otros medios. Aconsejo, por consiguiente, a todos los que se oponen a la guerra, que se organicen internacionalmente (Espinoza, “Pacifismo militante” 6).

Para Espinoza, la idea de “militancia” se leía como una red intelectual transnacional que en su conjunto publicara y escribiera en torno al pacifismo. Este vínculo entre escritores de varios países se acopló al americanismo influenciado por Waldo Frank y José Carlos Mariátegui, quienes postulaban una unión continental para lo político, lo cultural y lo literario, desprendiéndose de las trabas impuestas desde Europa. No obstante, *La Vida Literaria* presentó una idea americanista abstracta, donde los distintos colaboradores nunca formularon una definición única de este concepto, sino que incluyeron diversas versiones como el “patriotismo continental” de Joaquín Edwards Bello, el “marxismo mestizo” de Mariátegui o el “americanismo cultural” propuesto por Frank. La característica común entre todas las propuestas fue la unión continental, ya sea por proyectos culturales, por la literatura, por el antiyanquismo o simplemente por una unión simbólica de amistad. Un ejemplo se puede apreciar en el ensayista colombiano Baldomero Sanín Cano, quien escribe lo siguiente:

La libertad y la adaptación al medio están haciendo y llevarán a cabo la unidad de todos los americanos, a pesar de la mayor parte de sus gobiernos. Esa unidad es una necesidad histórica y será con los años una imposición práctica. No entendemos con esto la unidad política sino la de las almas, de las formas y de las tendencias. Un bloque espiritual es a veces más consistente

y más eficaz en sus atracciones e influencias que un bloque político. Seamos libreamericanos: para serlo es lo primero y más importante ser buenos hijos de la Patria a que estemos ligados de nacimiento o por elección (Sanín Cano 1).

La difusión del americanismo o el desarrollo de diálogos relacionados a conceptos y problemáticas de carácter nacional o local tienen que ver con el fortalecimiento de las redes intelectuales de Enrique Espinoza. La publicación de trabajos en revistas extranjeras, el recibo de ensayos de intelectuales reconocidos internacionalmente y el constante contacto epistolar con ellos tuvo como consecuencia una política de publicación de temáticas parecidas en diversas revistas del continente como *Monterrey*, *Crisol*, *Eurindia* y *Bibliografía Mexicana* de México; *Repertorio Americano* e Índice de Costa Rica; *Revista de La Habana*, *Social* y *Musicalia* de Cuba; *Fonos*, *Brújula*, *Megáfono* y *Letras* de Argentina, entre muchas otras. Estos mismos contactos epistolares oficiaron de promotores y difusores de las publicaciones extranjeras, informando a escritores locales sobre el nacimiento de algún nuevo impreso o nuevo proyecto. Por ejemplo, el venezolano residente en Chile Mariano Picón-Salas, a través de una carta a Espinoza, advierte: “Le agradecería mucho que me enviara ‘La Vida Literaria’ que aquí es de imposible adquisición. También podría enviársela a algunos críticos oficiales de diarios y revistas que comentan semanalmente la producción intelectual como los siguientes: H. Díaz Arrieta (Alone), La Nación, Mariano Latorre, Instituto Pedagógico. Renato Valenzuela, Los Tiempos. Domingo Melfi, Librería Salvat” (Picón-Salas a Enrique Espinoza). La idea era estar presente en medios de crítica literaria como diarios, revistas o universidades, para ser reconocido dentro del espacio intelectual del continente.

La Vida Literaria fue una revista que fomentó el debate sobre el pacifismo militante, el antinacionalismo y el americanismo, se presentó como la continuación de *Babel* Argentina y expuso ideas que no estaban presentes en proyectos anteriores. Estas características actuaron como incentivo para que intelectuales más comprometidos políticamente se acercaran a Espinoza y colaboraran en sus futuros proyectos. *La Vida Literaria* finalizó sus publicaciones en 1932, no así los proyectos de su director.

TRINCHERA: EL MANIFIESTO DE ENRIQUE ESPINOZA

En 1931, la sociedad argentina clamó por la vuelta a la democracia. Los periódicos más importantes del país como *La Nación* o *Crítica* se alinearon por esta cruzada, mientras que el Partido Demócrata Nacional, la Unión Cívica Radical Antipersonalista y el Partido Socialista Independiente apoyaron al militar Agustín Pedro Justo, quien sería el próximo presidente. Sin embargo, el ambiente estaba inquieto aún. La proscripción del radicalismo y los rumores de un posible fraude electoral causaron, según Graciano, que los intelectuales se distanciaran de los partidos políticos, pero que se mostraran comprometidos con la realidad política (151). En este contexto Enrique Espinoza publicó en 1932 el libro *Trinchera*, editado por su propia editorial B. A. B. E. L. (Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias). En una compilación de veintidós ensayos cortos, el director de *Babel* mostró su lado más político y escribió sobre las problemáticas de la raza y el americanismo de Waldo Frank, expuso las opiniones del periodista Roberto Payró, profundizó sobre las ideas de Mariátegui, habló de sobre Einstein y el nacionalismo, describió la postura anarquista de Horacio Quiroga, presentó el problema del antisemitismo en Argentina y cuestionó la llamada “horas de las espadas” a la que hacía alusión Leopoldo Lugones, entre otros temas. El autor acentuaba en el libro su carácter de difusor cultural como una forma de lucha, donde la literatura era un campo de batalla que solo se podría ganar a través de la difusión de nuevas ideas. El escritor señaló: “En efecto, el término TRINCHERA al frente de una veintena de artículos de todo calibre, elegidos entre otros muchos dispersos, refleja en forma directa toda una campaña en que estamos empeñados desde los días de nuestra iniciación literaria” (Espinoza 6).

Trinchera se divide en tres partes. En la primera, se discute sobre el americanismo o, como señala Espinoza, “el problema de las relaciones espirituales de América” (6). En la segunda, se hace un recorrido por los autores que más influyeron en la carrera literaria del autor, “en su visión de mundo”. Y la tercera corresponde a la sección más combativa. En ese apartado el escritor expuso su lado más crítico y polémico. En esos capítulos explicó cómo el robo de derechos de autor, el antisemitismo y la poca difusión en los periódicos de alto tiraje lo llevaron a proponer que la única forma de combatir estas dificultades era iniciar sus propios

proyectos que permitieran difundir ideas obliteradas por la cultura de masas. En palabras del director argentino:

La nota polémica sobre Einstein y el nacionalismo anuncia ya el tono de la tercera parte, que por sí sola justifica el título del libro, pues en ella hacemos la guerra, como quería Sarmiento. Claro que por tal causa hemos tenido que renunciar a los periódicos burgueses y pacifistas; crearnos uno propio y conquistar, poco a poco, el doble millar de lectores inteligentes que lo sostiene. Sin embargo, no nos hacemos ilusiones sobre nuestra victoria y sus derechos, porque el enemigo tras hacernos el complot del silencio, se está quedando con lo mejor de nuestro trabajo. ¡Qué le aproveche al ladrón! Después de todo, proveíamos tal pillaje; y la rabia sorda del cretino antisemita; y la patada coja del filisteo bravucón; y la carta ilegible del poeta cursi que padece el complejo de un epistolario inédito (6).

La crítica a la realidad política e intelectual latinoamericana fue parte de la redefinición editorial de Enrique Espinoza. Siguiendo el prólogo de *Trinchera* se observa el reproche a la generación de 1920, quienes, según el autor, no fueron capaces de formar un líder que proyecte la unión latinoamericana, que represente los postulados de la Reforma Universitaria de Córdoba o que defienda la idea de la revolución. Esta “tragedia” apuntaba a la búsqueda de una revista que uniese todo el continente y que a partir de un impreso se representaran las posturas políticas intelectuales de manera uniforme, un solo vehículo de difusión de todos los escritores. Ahora bien, cabe preguntarse si esperaba ser el mismo director de *La Vida Literaria* quien los reúna y dirija este utópico proyecto. El texto señala:

La tragedia de nuestra generación ha sido precisamente la falta de un líder americano en el sentido ideal de esta palabra mágica. Quien lo fue entre nosotros hasta la guerra europea, se quedó después solo, adorando naturalmente la fuerza, porque la “nueva generación” –entonces todavía universitaria– en vez de fundar en él su pasado utilizable, se conformó con el éxito pasajero de una reforma oficial.

Desde entonces peleamos todos por una fe que no podemos encontrar porque no la tuvimos nunca. Waldo Frank nos llegó a dar cierta cohesión en torno de su persona, durante las siete

semanas que estuvo con nosotros. Pero a su partida, el núcleo se deshizo rápidamente. Luego la muerte de José Carlos Mariátegui malogró nuestra iniciativa de una gran revista continental en Buenos Aires. No desesperemos, sin embargo. De nuestras propias filas ha de salir un día el líder tan esperado. Démosle tiempo y estemos prontos para seguirlo. En tal sentido, este libro es una enunciación y una prueba de que hemos combatido sin cuartel (7).

El libro de Espinoza fue parte de una lucha gremial. Fue una batalla desde su posición de gestor cultural en que su papel de trabajador de las letras era estar preocupado por la literatura y por los problemas que aquejaban a los países latinoamericanos. La difusión de autores desconocidos en el Cono Sur se entrelazaba con la realidad política de cada país, los escritores e intelectuales creían en las revistas culturales como parte influyente de la política. Por ejemplo, *Trinchera* buscaba la difusión de escritores de vasta trayectoria, pero poco reconocidos en el medio latinoamericano como Hudson, Turgueniev, Spinoza y Goethe, entre otros. Esto se manifiesta en una carta enviada por Picón-Salas en la que expresó:

Compañero Enrique Espinoza

La dedicatoria de su valiente “Trinchera” tiene la fecha de diciembre de 1932. Yo todavía no le había expresado mis cordiales gracias. Excúseme Ud. sabe cómo hemos vivido en Chile los últimos meses: nerviosamente. Hay algo que se genera en la calle, en los corrillos, una atmósfera de vapores extraños que todavía no se vierte en chaparrón. Y estas cosas nos toman; se conversa demasiado, se discute. La conciencia se plantea interrogantes. Leemos como los puritanos sus biblias, libros y más libros de economía. En realidad se lee demasiado economía, y la gente intoxicada olvida su natural instinto. Ahora en semana santa –¡tanto tiempo después!– leí “Trinchera”. Y entre otras cosas me ha convertido Ud. a la devoción de Hudson, ese puro, maravilloso poeta. En Chile se conoce poco a Hudson (Picón-Salas a Enrique Espinoza, 20 de abril de 1933).

Trinchera mostró a un Espinoza politizado. El ambiente intelectual y político hicieron reaccionar al escritor ruso-argentino que, como señala Horacio Tarcus, junto con difundir a la generación modernista de Quiroga y Lugones y a los ingleses de la pampa como Hudson y Graham, también

se preocupó de publicar a la literatura clásica rusa como Turguéniev, a los pensadores judíos de la Europa central como Espinoza y Heine, así como a los escritores latinoamericanos preocupados de los problemas sociales como Manuel Rojas, Martínez Estrada o Luis Franco (*Mariátegui* 54). Todo esto acompañado de una mirada crítica de la realidad política. En definitiva, González Vera sintetiza la importancia de este libro señalando: “*Trinchera*, obra de admiración, de afán ideológico, en que arremete contra los tibios o los enemigos de sus ídolos” (50).

TRAPALANDA. UN COLECTIVO PORTEÑO

Tras la publicación de *Trinchera* en el mes de octubre de 1932, Espinoza emprendió un nuevo proyecto editorial con el objetivo de continuar *La Vida Literaria*. Esta revista llevaba por nombre *Trapalanda. Un Colectivo Porteño*. Según su director, “es –digámoslo de entrada– una revista nueva; pero no una nueva revista, porque continúa, en verdad, la serie de publicaciones iniciadas bajo nuestra dirección hace más de diez años; sobre todo, LA VIDA LITERARIA, que hemos sostenido durante los últimos cinco” (Espinoza, “Punto de partida” 5). Con siete números publicados de manera intermitente, este impreso funcionó entre 1932 y 1935, publicando tres números entre octubre y diciembre de 1932, tres números durante todo 1933 y uno en 1935. Una vez más, el escritor chileno González Vera otorga algunas pistas de esta propuesta: “Ezequiel Martínez Estrada, que va terminando *Trapalanda* (después de *Radiografía de la Pampa*), sugiere que ese sea el nombre de una revista, del porte de un libro común, en la que se inserten ensayos. Y *La Vida Literaria* se convierte en *Trapalanda*” (50). Según el autor de *Vidas mínimas*, el nombre “Trapalanda” proviene de la denominación de los ingleses a Sudamérica en sus mapas (50).

El nacimiento de *Trapalanda* respondió a planteamientos editoriales y prácticos. Se debía hacer una revista que facilitara su difusión, cuidado y colección, acciones imposibles de realizar en *La Vida Literaria* por su formato mercurial. Todos estos elementos fueron tomados en cuenta por Espinoza, quien, al igual que la mayoría de los intelectuales que organizaban revistas culturales, antepuso la difusión y acogida del público

como objetivo central. En una carta enviada por el escritor cubano Félix Lizaso, describe estas características materiales como parte de las fortalezas del nuevo emprendimiento editorial:

Mi querido amigo: Mi carta de octubre 11 se cruzó en el camino con su “Trapalanda” que me revive el recuerdo de aquel proyectado “continente”. Al fin, me parece que usted va concediéndome la razón, sin concedérmela. Cuando no se encuentre sino raros ejemplares de “La Vida Literaria”, casi incoleccionable por su tamaño, “Trapalanda” estará en muchas bibliotecas. Después, su tamaño lo hace lectura fácil en los vehículos, que es nuestro lugar de lectura muy frecuente en estos tiempos (Lizaso a Espinoza).

El objetivo de esta revista fue difundir y conservar obras literarias que no habían sido publicadas a través del formato de libro de bolsillo. De ese modo, el director de *Trapalanda* buscó que los ensayos y textos que se publicaran en esta revista fuesen coleccionables y se mantuvieran vigentes gracias a la fácil conservación que poseía este nuevo formato. La idea fue obtener un mayor número de suscriptores y nuevos lectores, estableciendo precios módicos, vínculos con bibliotecas populares y publicando una mayor cantidad de artículos referentes al contexto argentino. Así se estableció en su manifiesto:

Ahora bien, gran parte del material adelantado en aquellas páginas volanderas anda ya recogido en volumen por sus propios autores. Pero quedan dispersas las numerosas traducciones inéditas con que hemos enriquecido nuestras letras, así como muchos ensayos y críticas originales, difíciles de conservar en el periódico. Con el propósito de asegurarles en adelante la perduración que merecen, sale ahora TRAPALANDA –un colectivo porteño– en formato de libro. El millar de suscriptores que nos han seguido en el periódico, así como el otro de Bibliotecas Populares, nos agradecerán seguramente esta transformación, tan de nuestro tiempo y de nuestra ciudad. Pues al precio mínimo de cualquier revista, podrán obtener mensualmente un cuaderno inédito de ensayos literarios, sociales y filosóficos, cuya colección anual constituirá dos volúmenes de cerca de cuatrocientas páginas. Más para esto es necesario que también el hombre de la calle nos acompañe a fin de que podamos sostener, cuando menos, nuestro tiraje inicial de cinco mil ejemplares (Espinoza, “Punto de partida” 5).

Trapalanda estableció tres puntos clave al explicar el porqué de su nombre. La revista señaló: “Un colectivo porteño’ hemos llamado a TRAPALANDA, aludiendo al vehículo popular tan característico de Buenos Aires. Ojalá TRAPALANDA adquiera pronto entre los lectores una difusión semejante. Entonces nuestro ‘colectivo porteño’ equivaldrá en el terreno literario al grueso y personal ‘ómnibus inglés’” (Espinoza, “Punto de partida” 6). Los propósitos están a la vista. Primero, hacer de la revista un mecanismo de difusión de autores como Enrique Hudson, D. H. Lawrence, Leopoldo Lugones, Paul Valery, Albert Einstein, Luis Alberto Sánchez, Carlos Estrada, Pedro Henríquez Ureña, Horacio Quiroga, entre otros. Segundo, atraer lectores con temas argentinos utilizando el nombre del transporte bonaerense como título de la revista. Tercero, propiciar un fácil acceso al impreso para que de este modo el humilde “colectivo porteño” se transformase en un buen y eficaz “ómnibus inglés”.

En 1935 finalizó *Trapalanda*. *Un Colectivo Porteño* cuando Espinoza viajó a Santiago para casarse con su prima Catalina Telesnik y establecerse en Chile por casi cuarenta años. Sin embargo, la importancia de sus políticas culturales en Argentina quedó a la vista. Gracias a su trabajo de gestión literaria se desarrollaron diversas revistas que actuaron como vehículos difusivos capaces de popularizar la literatura y el pensamiento intelectual. La inclusión de temáticas politizadas y el uso de un vocabulario directo captaron una mayor atención de los lectores y sus pares. Esta nueva redefinición cultural, editorial y política se traducirá en uno de sus proyectos de mayor importancia: la segunda etapa de *Babel*. No obstante, antes colaborará en revistas como *Onda Corta* y *SECH*, en las cuales dará indicios de sus influencias políticas.

ESPINOZA EN CHILE: SU COLABORACIÓN EN *ONDA CORTA* Y *SECH* (1936-1939)

La caída de Carlos Ibáñez del Campo en 1931 produjo un nuevo orden social de gobiernos de corte asistencialista y de alianzas políticas como el Frente Popular (1936-1941). Esto dio paso a un período de consenso de mayorías, participación de diversos sectores sociales en política y la consolidación del sistema burocrático que acabó con la

participación de militares en el gobierno (Moulian 25). Enrique Espinoza se radicó definitivamente en Chile en 1936, donde, según González Vera, lo esperaban más de treinta intelectuales para conformar una nueva relación literaria¹. En este mismo año colaboró en *Onda Corta*, periódico que publicó siete números hasta marzo de 1937 y que se creó con el objetivo de defender a los españoles leales, apoyar la libertad cultural y desaprobar el fascismo. El impreso estaba en sintonía con la sección local de la Liga para la Defensa de la Cultura que, constituida en París en 1936, reprochaba las dictaduras del mundo y la censura cultural. El primer saludo de *Onda Corta* señala:

Un grupo de trabajadores intelectuales ha constituido en Chile una Liga para defender la cultura, hoy perseguida en casi todo el haz de la tierra. La exaltación guerrera y nacionalista, el imperialismo y el predominio del dinero, está ejerciendo en el mundo una opresión de la inteligencia y un estancamiento de la vida espiritual. Tanto la ciencia como la creación artística, en muchos países, están subordinadas a regímenes de fuerza que, fuera de entorpecer su libre desarrollo, pretenden hacerla servir a los intereses materiales que ellos representan. La prueba de cuanto aquí se afirma está en la destrucción de libros, en la persecución racial y en la anulación de los derechos individuales incorporados a la vida civilizada².

Este manifiesto estableció ciertos parámetros ideológicos seguidos por los intelectuales residentes en Chile, es decir, sus proyectos culturales se desarrollaron a partir de la desaprobación de la guerra, del nacionalismo, del imperialismo y de las dictaduras. Por su parte, Espinoza expuso sus ideas antidictatoriales manifestando una amplia simpatía hacia los españoles republicanos de la guerra civil y un rechazo a todo tipo autoritarismo, sobre todo, a la censura. El autor de *Trinchera* señaló en *Onda Corta*:

¹ “Apenas Espinoza llegó a Santiago, sus relaciones literarias –Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Domingo Melfi, Picón Salas y treinta más– le dieron un banquete” (34). De este modo se aprecia que los intelectuales a los que hace referencia González Vera son los mismos que nombra en su carta Picón-Salas.

² “Manifiesto del Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura”. En *Onda Corta*, N° 1, 15 de diciembre de 1936, p.1. Entre las firmas destacaban: Enrique Espinoza, Augusto D’Halmar, Mariano Latorre, Ricardo A. Latcham, Marta Brunet, Mariano Picón-Salas, Manuel Rojas y José González Vera.

El mismo día que las tropas mercenarias del general Franco, armadas por Hitler y Mussolini, llegaban a las puertas de Madrid para estrellarse definitivamente contra el heroico pueblo español, después de prepararle durante más de cien días una “tenaza” militar irresistible [...] recibimos aquí en Santiago los primeros ejemplares del valiente periódico madrileño que se llama significativamente “El Mono Azul” [...].

En efecto, no otra cosa que una victoria rotunda, significa la resistencia invencible que desde entonces ofrecen a los espadones de la tenaza los heroicos milicianos del mono azul... Porque urge decirlo, mono es el nombre que en la maravillosa realidad de España, recibe el traje de los obreros industriales y azul, como en todas partes, su color, que los “nacionalistas” tiñen de rojo, derramando a raudales su sangre generosa. ¡Sangre del Pueblo! (Espinoza, “Significación de ‘El Mono Azul’” 5).

En 1936, Espinoza asume como director de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), lugar en el cual creó una revista que agrupaba al gremio de escritores nacionales. Con la ayuda de Manuel Rojas nació la revista *SECH*, cuyo objetivo fue “ser un órgano gremial no sólo desde el punto de vista económico del oficio del escritor, sino también desde el punto de vista espiritual del mismo. Es decir, que en ella se dará preferencia a los asuntos que atañan al escritor como productor y como creador” (“SECH” 1). Esta revista de nueve números publicados entre 1936 y 1939 no tuvo una línea ecuánime. Las temáticas que tendrían prioridad en la línea editorial nunca estuvieron claras. De hecho, los directores anticipaban que como era “la primera vez que en Chile se publica una revista de esta índole y debido a esto no tenemos la preparación ni la destreza necesaria”, era posible “no tener una idea de lo que queremos hacer” (“SECH” 1). A partir de esto, solo se observaba una división en el impreso. En la primera parte se publicaron estudios, ensayos, artículos, manifiestos, entre otros; mientras que al final irían las noticias de la Sociedad de Escritores, extractos de actas de las reuniones y libros recibidos. Por último, estaba prohibido publicar creaciones literarias, es decir, extractos de novelas, cuentos o poesía, así como también reseñas sobre libros de escritores nacionales. Según González Vera, esta revista finalmente “desliza[ba] páginas de Hudson, poemas de Lugones y de Franco, ensayos de Sanín Cano o de Martínez Estrada y de muchos autores de su predilección [de Rojas y Espinoza]” (51).

Las diversas restricciones de la revista hicieron que se transformara en un escenario de debate político. En diciembre de 1937, en el número 7 de *SECH*, Espinoza publicó un número homenaje dedicado a la Revolución rusa, en la que destacaban colaboradores como Luis Franco y el peruano Luis Alberto Sánchez. En este número los directores mostraron su simpatía por Trotsky, considerándolo de igual importancia que Lenin, mientras condenaban la dictadura estalinista. Frente a esto Espinoza sentenció: “En la práctica de la dictadura del proletariado, antídoto inevitable impuesto por la resistencia armada de la burguesía internacional y que expresaba la barbarie del pasado antes que la cultura del porvenir, los nombres de Lenin y Trotsky se hacen pronto para los revolucionarios del mundo entero tan inseparables como los de Marx y Engels en la teoría” (Espinoza, “Lenin y Trotsky” 9). Más adelante, Espinoza añadía sobre la obra de Trotsky: “Su talento creador ha vencido todas las dificultades. De ahí el mérito extraordinario de esta obra, una verdadera obra maestra, que, por curiosa paradoja, se leerá abiertamente en todos los países libres, menos en el más libre de Lenin y Trotsky” (Espinoza, “Lenin y Trotsky” 11). Ya a esas alturas, Espinoza se transformó en un admirador de la obra literaria de Trotsky, ya sea por su talento creador o por el protagonismo político que poseía en los acontecimientos más importantes del mundo. Como afirma Tarcus, Espinoza estuvo “siempre más interesado en la dimensión ético-política del mensaje trotskista que en su propuesta organizacional” (*Mariátegui* 58-59).

Espinoza, después de haber publicado en 1935 *Ruth y Noemí* dedicado a su esposa, en 1936 publica *Chicos de España* y un año más tarde *Compañeros de viaje*, libro tras el cual viajó hacia el extranjero a dictar conferencias. En 1938, el director de *SECH* fue invitado por la Institución Hispano-Cubana de Cultura de La Habana para dictar una charla sobre el contenido social de *Martín Fierro*³. En esta ocasión aprovechó de hacer una escala en Coyoacán, México, para visitar a Trotsky, comenzando una nueva amistad intelectual que generará un vuelco en las políticas culturales erigidas por Espinoza. Según afirma Tarcus, Glusberg señala en un libro inédito sobre Trotsky:

³ Conferencia publicada en *Babel. Revista de Arte y Crítica*. Bajo el nombre de “El sentido social de Martín Fierro I” publicado en Santiago en el N° 40, julio-agosto de 1947, pp. 149-157. Y “El sentido social de Martín Fierro II” publicado en el N° 41, septiembre-octubre de 1947, pp. 217-234.

En general, los intelectuales hispanoamericanos, salvo algunas excepciones honrosísimas..., prefirieron seguir comprometidos con Stalin, aunque no muy desinteresadamente, pues tenían esos honores que deshonran (viajes, traducciones...). Ellos, poseídos por su propia gloria, debían pasar por alto los fusilamientos a escritores judíos y rusos, los lavados de cerebros y los cambios introducidos en cada nueva edición de la Enciclopedia Soviética, como cosas naturales. Este fue el caso de Pablo Neruda.

Cuando gracias a Frida Kahlo y Diego Rivera tuve ocasión de ver a Trotsky en Coyoacán o encontrarme con él en San Ángel, en casa de mis anfitriones, pude apreciar cuán poco inquietaban a Trotsky los intelectuales “al servicio” del Kremlin. Sabía que sus enemigos de cuidado eran otros, que a veces gustaban de hacerse pasar por escritores, como Lombardo Toledano, llamado, según él mismo, a mantener “el vínculo espontáneo y casi biológico de los obreros con el gobierno” (*Mariátegui* 62).

A lo largo de su estadía en México, Espinoza entabló conversaciones con Trotsky sobre la cuestión judía, la guerra civil española, el estalinismo y la situación de los escritores, entre otros temas. A su retorno a Chile, el director de *SECH* vuelve con bibliografía sobre literatura política y un poder firmado del revolucionario ruso para que el propiciador cultural oficiara como su representante literario en Chile. Este hecho hizo que a Espinoza se le tildase como un representante del trotskismo, a pesar de que no poseyera ningún vínculo con alguna orgánica trotskista (*Tarcus, Mariátegui* 59).

Los viajes, los nuevos contactos políticos e intereses literarios motivaron que Enrique Espinoza finalizara estos pequeños proyectos culturales. Sin embargo, ya era manifiesta su importante carrera de gestión y de difusión literaria desarrollada en Argentina y en Chile. Sus proyectos editoriales se caracterizaron por no apoyar las posturas soviéticas ni tampoco capitalistas, mostrándose ambiguo en el plano intelectual al no encasillarse en ningún extremo cultural dentro de la polaridad política que se desarrollaba en el orbe. Asimismo, forjó una crítica distante de los partidos políticos, constituyendo un nuevo discurso que, anexo a las polaridades del contexto, se centraban en la libertad crítica y creadora. Es por esta autonomía que las posturas protrotskistas señaladas solo responden a una política cultural integradora y no a una militancia como algunos podrían creer.

COLOFÓN

La mayoría de las veces, las revistas culturales comprenden un objeto de estudio por sí mismas. Sus múltiples redes, traducciones, publicaciones inéditas y manifiestos políticos o artísticos otorgan una gran variedad de argumentos para complementar un trabajo analítico de largo aliento abocado a solo un impreso. Sin embargo, este tipo de trabajos se pueden considerar “injustos” con sus directores, ya que muchas veces, para que una publicación periódica mantenga una constante aparición y sea reconocida en círculos intelectuales, el equipo editorial ha debido pasar con anterioridad por varios proyectos culturales. Ese es el caso de Enrique Espinoza, quien a través de diferentes emprendimientos literarios fue creando su propio programa político-cultural. De ese modo, *La Vida Literaria* se transformó en un espacio de debate que se diferenció de otras revistas que seguían lineamientos políticos definidos; la publicación del libro *Trinchera* fue el manifiesto político que reveló su cercanía con Mariátegui y Frank; *Trapalanda* dio cuenta de las necesidades literarias frente al auge del nacionalismo; así como *Onda Corta* y *SECH* mostraron la importancia de la política global y el antifascismo.

De ese modo, el análisis de las revistas culturales debe ser complementadas con las redes intelectuales y la edición de literatura, pues otorga una visión más amplia de cómo se piensa y ejecuta un emprendimiento cultural. Cada uno de los proyectos del intelectual argentino demostraron la conformación de diversas variantes que hicieron de *Babel Chile* una importante revista. La difusión de nueva literatura, del pacifismo, del antiestalinismo, el apoyo a los exiliados españoles y la importancia de los contactos internacionales fueron características que nacieron o se consolidaron en los diversos proyectos ejecutados por Enrique Espinoza durante 1928 y 1939.

En definitiva, en 1939, Enrique Espinoza inició *Babel Chile*. Con una publicación continua durante la década de 1940, esta nueva revista consolidó un ideario que, siguiendo en sus proyectos anteriores, se centró en ejes fundamentales como el antifascismo, el anticomunismo estalinista y el pacifismo humanista. Espinoza continuó con su papel de articulador de un campo intelectual que mezclaba la difusión literaria y las propuestas políticas. Cada intelectual que estuvo en contacto con el director ruso-argentino fue parte de un sinnúmero de lazos colaboradores que abogaron por dar a conocer nuevos escritores en las letras australes.

REFERENCIAS

Epistolario de Samuel Glusberg. Fondo Glusberg, CeDInCI, Buenos Aires, Argentina.

REVISTAS

Babel, Buenos Aires, 1921-1929.

Babel, Santiago, 1939-1951.

La Vida Literaria, Buenos Aires, 1928-1932.

Onda Corta, Santiago, 1936-1937.

SECH, SANTIAGO, 1936-1939.

Trapalanda. Un Colectivo Porteño, Buenos Aires, 1932-1935.

BIBLIOGRAFÍA

CRESPO, REGINA. *Revistas en América Latina. Proyectos literarios, políticos y culturales*, Ciudad de México, CIALC, Eón Editores, 2010.

DEVÉS, EDUARDO. *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago, Colección Idea, 2007.

DI MIRO, MELINDA. “Las campañas culturales de *La vida literaria* a través de la multifacética figura de Glusberg/Espinoza”. *Historia, Voces y Memoria*, N° 11, 2017, pp. 51-64.

“Dos palabras de la Dirección”, *La Vida Literaria*, Buenos Aires, N° 1, julio 1928, p. 1.

DUJOVNE, ALEJANDRO. *Una historia del libro judío: la cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2014.

ESPINOZA, ENRIQUE. *Trinchera. Buenos Aires, Babel, 1932*.

ESPINOZA, ENRIQUE. “Trivio directivo”. *La Vida Literaria*, N° 23, agosto de 1930, p. 1.

ESPINOZA, ENRIQUE, EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA Y ARTURO CANCELADA. “Dos palabras”. *La Vida Literaria*, N° 24, septiembre de 1930, p. 1.

ESPINOZA, ENRIQUE. “Pacifismo militante”. *La Vida Literaria*, N° 30, abril de 1931, p. 6.

- ESPINOZA, ENRIQUE. “Punto de partida”. *Trapalanda. Un Colectivo Porteño*, N° 1, octubre de 1932, p. 5.
- ESPINOZA, ENRIQUE. “Significación de “El Mono Azul”. *Onda Corta*, N° 4, miércoles 6 de enero de 1937, p. 5.
- FERRETTI, PIERINA Y LORENA FUENTES. *Babel. Revista de Arte y Crítica 2*. Santiago, Lom Ediciones, 2008.
- FERRETTI, PIERINA Y LORENA FUENTES. “Los proyectos culturales de Samuel Glusberg. Aportes a la historia de la edición independiente en la primera mitad del siglo xx latinoamericano”. *Andamios*, vol. 12, N° 29, septiembre-diciembre, 2015, pp. 183-206.
- FUNES, PATRICIA. *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.
- GARCADIENO, JAVIER. *El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- GONZÁLEZ VERA, JOSÉ SANTOS. *Algunos*. Santiago, Nascimento, 1967.
- GRACIANO, OSVALDO. *Entre la Torre de Marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina 1918-1955*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.
- GRANADOS, AIMER, coordinador. *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*. Ciudad de México, Juan Pablos Editor, UAM-Cuajimalpa, 2012.
- GUTIÉRREZ, PATRICIO. *Babel. Revista de Arte y Crítica 3*. Santiago, Lom Ediciones, 2008.
- HERNÁNDEZ, SEBASTIÁN. “Samuel Glusberg/Enrique Espinoza: revistas culturales y proyectos editoriales en Argentina (1921-1935)”. *Universum*, vol. 27, N° 2, 2012, pp. 211-221.
- HERNÁNDEZ, SEBASTIÁN. “Enrique Espinoza y la revista *Babel*. Del sincretismo ideológico al trotskismo intelectual. Recepción de la ideología trotskista en Chile (1936-1945)”. *Revista Virtual Historia y Patrimonio*, 2010, disponible en diversos repositorios.
- LIZASO, FÉLIX a Enrique Espinoza. Carta del 25 de noviembre de 1932. Fondo Glusberg.
- LUGONES, LEOPOLDO. “Dos palabras”. *La Vida Literaria*, N° 26, diciembre de 1930, p. 1

- MASSARDO, JAIME. *Babel. Revista de Arte y Crítica 1*. Santiago, Lom Ediciones, 2008.
- MENCKEN, HENRY LOUIS. “El nacionalismo”. *La Vida Literaria*, N° 26, diciembre de 1930, p. 1.
- PETRA, ADRIANA. “El pequeño mundo: revistas e historia intelectual. Apuntes para un estudio de Pasado y Presente (1963-1965)”. *IV Jornadas de historia de las izquierdas*. Buenos Aires, CeDinCi, 2007, pp. 1-57.
- PITA, ALEXANDRA. *La unión latinoamericana y el boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*. México, El Colegio de México, Universidad de Colima, 2009.
- MOULIAN, TOMÁS. *Contradicciones del desarrollo político chileno, 1920-1990*. Santiago, Lom Ediciones, 2009.
- PICÓN-SALAS, MARIANO a Enrique Espinoza. Carta del 13 de marzo de 1930. Fondo Glusberg.
- PICÓN-SALAS, MARIANO a Enrique Espinoza. Carta del 20 de abril de 1933. Fondo Glusberg.
- REYES, FELIPE. *Nascimento. El editor de los chilenos*. Santiago, Mínimo Común, 2013.
- ROCK, DAVID. *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1977.
- ROMERO, LUIS ALBERTO. *Breve historia contemporánea de la Argentina. 1916-1999*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- SANÍN CANO, BALDOMERO. “Libreamericanismo”. *La Vida Literaria*, N° 25, octubre de 1930, p. 1.
- “SECH”, *SECH*, Chile, N° 1, julio de 1936, p. 1.
- SORÁ, GUSTAVO. *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2017.
- TARCUS, HORACIO. *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Buenos Aires, Ediciones el Cielo por Asalto, 2001.
- TARCUS, HORACIO. *Cartas de una hermandad*. Buenos Aires, Emecé, 2009.
- TEJEDA, JUAN GUILLERMO. *Amster*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.

VIU, ANTONIA. “Lloremos y traduzcamos. La Segunda Guerra Mundial y la cooperación intelectual desde *Babel*. *Revista de revistas* (1939-1940). *Homo dolens. Cartografía del dolor: sentidos, experiencias, registros*, Gaune, Rafael y Claudio Rolle, editores, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2018, pp. 418-434.

WILLSON, PATRICIA. *Constelación del sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009.

Recepción: 10.11.18

Acepción: 15.04.19